

si no con desdén. Grijalva acabó por persuadirse de que le habían dado una buena brega, y, bastante mohino y desconcertado, se volvió á sus buques, y prosiguió adelante su viaje.¹

¹ Oviedo, op. cit., tomo I, pág. 522.

CAPITULO XII.

Aguayalulco.—Descubrimiento del río de Alvarado.—La isla de Sacrificios. Desembarque y permanencia en la costa.—Pedro de Alvarado es enviado á Cuba con noticias de la expedición.

Dos días después de la salida de Grijalva, habían visto un pueblo en la costa, á la orilla del río de Aguayalulco. Sus habitantes salieron á la playa á contemplar el tránsito de los buques españoles, y á mostrarles su hostilidad, como para impedirles aproximarse á sus hogares. Llevaban en la mano izquierda relucientes conchas de tortuga con que se creían bien defendidos, y amenazaban con las manos y con los gestos. Pusiéronle los españoles á este pueblo el nombre de «La Rambla.» Pasaron luego frente al río de Tonalá y puerto de San Antón, por el río de Goatzacoalcos, y empezaron á descubrirse unas grandes sierras cargadas de nieve, llamadas hoy sierras de San Martín, por haber sido el primero que las vió un soldado llamado San Martín, vecino de la Habana.¹

El capitán Alvarado se había adelantado con su bergantín, y, entrando en el río que lleva su nombre, se puso á reconocerlo, y aun bajó á tierra, y en-

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 11.

contró muchos indios pescadores é indias con brazaletes, campanillas y collares de oro, procedentes de Tlacotalpan. Con haber penetrado en el río, perdiéronle de vista sus compañeros, y el capitán Grijalva empezó á inquietarse y desasosegarse tanto que dió orden de detenerse en la boca del río, hasta saber el paradero de Alvarado. Al fin, apareció el bergantín que se creía extraviado, si bien su jefe fué reprendido por Grijalva, quien ordenó que en adelante fuesen todos navegando en conserva. Así lo hicieron hasta el 18 de Junio en que se divisó la bahía é isla de Sacrificios, cuyo solo nombre espeluznaba á los indígenas, y ahora recuerda las víctimas humanas ofrecidas en holocausto á inmundas divinidades. Grijalva surgió con sus cuatro navíos junto á esta isla de triste remembranza, y, acompañado de su gente, puso por primera vez sus plantas en ella. Su aspecto, sin embargo, no correspondía á los tétricos recuerdos que su nombre despertaba. La menuda arena de sus playas, limpia y brillante con la luz del sol, formaba graciosa orla á los bosques frondosos que se destacaban del fondo de la isla, y que acariciaban la vista con su verdura. Allí, debajo de aquella arboleda secular, se dibujaban sendas bien marcadas, orilladas por florida grama, que conducían al interior de la isla. Grijalva y sus compañeros tomaron por una de estas veredas sombrías, y á poco desembarcaron en una plazuela, en la cual sobresalían varios edificios de piedra, arruinados de viejos que eran, pero todos de cal y arena. Entre todos estos edificios, descollaba una torre redonda, á la cual daba entrada una escalera ancha y bien trabajada de

piedra, que conducía á un terrado en cuyo centro se levantaba una gran mesa de piedra que sustentaba á un león, y enfrente del león otro ídolo de figura humana coronado de plumas. El león tenía un agujero en la cabeza, y la lengua fuera de la boca.

Cuando los españoles, trepados en la cima de la torre, recreaban su curiosidad, quedaron sobrecogidos de horror, al notar, junto de aquellos ídolos, un vaso de piedra lleno de sangre. Apartaron la vista de aquel lugar, y, al volverla por otro lado, se dieron de frente con dos cadáveres de jóvenes indios, envueltos en una manta pintada, y que parecían recientemente muertos. Inclínansé sobre ellos para reconocerlos, y encuentran otros dos cadáveres, todos los cuales tenían el seno destrozado; pasean sus miradas al rededor, y todo les dice que aquel lugar es la mansión de la muerte y la destrucción del hombre por el hombre. La tierra estaba sembrada de cabezas cortadas y medio putrefactas, huesos y calaveras blanqueadas, losas de piedra, sangrientas navajas de pedernal, haces de leña, montones de piedras, y postes de la altura de un hombre. Una higuera añeja y corpulenta daba sombra á este adusto escenario, que bienregonaba que estaba destinado á la sangrienta práctica de los sacrificios humanos. Y era la realidad; porque, deseoso Grijalva de averiguar lo verdadero, mandó traer, para que le informase, á uno de los indios que llevaba consigo por intérprete. Le trajeron de la nave, y, apenas llegó á la presencia del capitán, se desmayó de susto, sólo porque pensaba que lo habían llevado allí para sacrificar. Vuelto en sí, repuesto

del miedo, y tranquilizado de las intenciones que con él tenían, explicó que aquel lugar estaba consagrado á una de las deidades de aquel pueblo, y que en su honor mataban á los prisioneros de guerra, degollándolos sobre aquellas losas de piedra, y echando toda la sangre en la pileta que allí cerca se veía; que les sacaban el corazón con unas navajas de pedernal, y lo quemaban sobre hogueras de leña de pino, al mismo tiempo que se comían los molledos de los brazos y pantorrillas, y los muslos y piernas del sacrificado. No quedó duda que era esta una isla destinada á los sacrificios humanos, y desde aquel punto fué apellidada con el nombre de «Isla de Sacrificios» con que hasta hoy es conocida.¹

Espeluznados volvieron Grijalva y sus soldados á los buques surtos entre la costa mejicana y la isla de Sacrificios, y, tan pronto llegaron á bordo, descubrieron mucha gente con banderas que desde la costa llamaba la atención. Fué comisionado el capitán Francisco de Montejo para que, acompañado de un indio intérprete, atracase á la costa, y averiguase lo que querían aquellos indios: Montejo tomó un bote y veinte soldados, y puso el primero el pie en la tierra mejicana. Los indios le dieron la mejor acogida que era dable esperar, y volvió con esta nueva noticia al capitán Grijalva, llevando, en prueba de la amistad y paz con que lo habían recibido, mantas de algodón pintadas, muy lindas y caprichosas: especialmente agradó á Grijalva que le dijese haber no-

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 523.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 12.

ticia cierta de que la tierra abundaba en oro.

Así fué que al otro día, 19 de Junio de 1518, saltó el capitán Grijalva á tierra, y tomó posesión del país, en representación del rey de España, y le puso el nombre de «Provincia de San Juan»¹ á lo que hoy se denomina Veracruz.

Si á Montejo dieron buena acogida los indios mejicanos, con Grijalva se deshicieron en agasajos y señales de amistad. Levantaron una enramada de gajos de árboles recién cortados; esparcieron hojas verdes por el suelo; y debajo de esta enramada, donde se gozaba de agradable fresco, tendieron una manta blanca que debía servir como de mesa para el banquete con que quisieron regalar á su huésped. El rústico mantel se cubrió luego de escudillas de barro que contenían bien cocinadas aves, de amarillo y oloroso caldo, cazuelas con tortas de maíz y frijol, pan de maíz bien preparado, pasteles de gallina, mazorcas de maíz tierno acabadas de cocer, y variadas y sabrosas frutas. Invitaron á Grijalva y á sus compañeros á sentarse y probar del opíparo convite; mas quiso la mala suerte que ese día fuese viernes, y los españoles, como cristianos buenos y bien criados, juzgaron que no debían comer de aquellas viandas, y así se excusaron con exquisita urbanidad y cortesía. Aceptaron, no obstante, cigarros preparados con hojas aromáticas muy odoríferas, y los fumaron al uso de los indios mejicanos.

Agradablemente impresionado Grijalva con tan

¹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, tomo I, libro XVII, cap. XIV.

cordial recibimiento, se dejó llevar de la inclinación de permanecer en tan buena compañía, y así, se quedó diez días, muy festejado de los indios, quienes no solamente le llevaban presentes, sino que entraron en tratos de cambios y ventas con sus soldados.

Cierto día, como otras veces, mandó al padre capellán Díaz que dijese misa en presencia de los indios y de los españoles. Los indios, notando que se iba á celebrar un acto religioso, como para agradecer á sus huéspedes se apresuraron á traer braseros con ascuas, en que esparcieron copal y otros aromas para incensar y sahumar el altar. Todos asistieron con gran respeto y circunspección, y tal parecía como si todos perteneciesen al gremio de una sola religión.

Seducidos andaban los compañeros de Grijalva con el buen tratamiento, y comenzaron á pensar de nuevo que convenía fundar población en aquella tierra. Sobre esto representaron á Grijalva, y aun lo importunaron para que, hasta violando sus instrucciones, fundase una población, y participase después el hecho á Diego Velásquez, dándole por razón que el país era rico, y prometía bienestar seguro á sus subordinados. Grijalva, sin embargo, no quiso quebrantar las órdenes que traía, y, arrojando las murmuraciones y aun desacatos de su gente, resolvió desechar la petición. Al mismo tiempo, creyó llegado el momento de enviar noticias del resultado de su viaje. Tomado consejo con los pilotos y capitanes, dispuso que, en la nave Trinidad, volviese á Cuba Pedro de Alvarado y la gente enferma que no podía servirle ya de utilidad, sino de

carga. Envió con Alvarado el oro y joyas rescatadas y también á una india moza que uno de los caciques le había donado, y una relación circunstanciada de todo el viaje.¹

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 529.

CAPITULO XIII.

Descubrimiento del río Pánuco.—Desembarque en el puerto de San Antón.
 Descubrimiento de la isla de El Carmen.—Puerto de Términos.—Escaramuza en Champotón.

El 24 de Junio de 1518, se dió á la vela para Cuba el capitán Pedro de Alvarado; y ese mismo día siguió Grijalva su viaje, rumbo al noroeste, con el designio, á su parecer, de acabar de averiguar si la costa que veía era isla ó tierra firme. Llegó hasta cerca del río Pánuco; pero, el 28 de Junio, el piloto Antón de Alamiños hizo serias objeciones para continuar la exploración, fundándose en que ya estaba bien seguro de que aquella tierra era continente, y no isla; y que continuar la exploración era cosa vana y expuesta, porque les podría cojer un invierno con malos tiempos, y experimentar naufragio ó algún otro siniestro accidente. Hubo de convenirse Grijalva, y, volviendo la proa á sus carabelas, se puso en vía de regresar á la isla de Cuba.

Mas, á poco de haber vuelto la proa á las naves, asomaron por el oeste catorce ó quince canoas tripuladas de indios, y, entremezclándose con las tres carabelas, mostraron determinación de combatir las, por más que les hacían señales marcadas de paz. Las flechas caían en gran número á bordo de las embarcaciones, y sufrir aquel ataque sin des-

quite hubiera sido envalentonar al enemigo, y exponerse á que entrase al abordaje; por lo que no hubo sino poner en juego la artillería, las ballestas y escopetas. Y fué de sobra, pues apenas los indios vieron caer á algunos de los suyos descalabrados ó muertos, se pusieron en presurosa fuga, y desaparecieron rumbo á tierra, en tanto que los buques, en sentido contrario, siguieron su camino hacia el sudeste.¹

En este viaje de retroceso, volvieron á pasar por el puerto y río de San Antón. La entrada de este puerto, aunque peligrosa por los muchos bajos de que estaba sembrada, atrajo á los españoles por la necesidad que tenían de agua y de componer la antena rota de un navío. Anclaron, pues; desembarcaron, y aun permanecieron allí² tres días, hasta el 16 de Julio. Al fin hubo de soplarles buen viento, y lo aprovecharon para darse á la vela; mas estaban todavía saliendo de la barra, cuando el navío almirante encalló, y con grande trabajo pudo volver á flotar, pero bien averiado y haciendo agua. Fuerza fué volver al puerto de donde habían salido, para reparar el desperfecto. La avería había sido gruesa: fué indispensable descargarlo, y con este alijo pudo entrar y fondear para ser reparado: los otros buques retrocedieron al puerto, y la tripulación y soldados desembarcaron. Reconocida la embarcación averiada, se comprendió que la composición no era leve y de pocos días, sino de bastante tiempo. Se asentó el real en la costa, y construyeron

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág 529.

² Fernández de Oviedo.—El *Itinerario de Grijalva*, asegura que estuvieron quince días.

casas de paja para guarecerse de la intemperie, que era excesiva, como que corría la estación de las lluvias y el tiempo no estaba sereno.

Los calafates se pusieron á la obra, y empezaron entretanto los españoles á recibir visitas de los indios, que se entretenían en cambiar hachuelas de oro bajo con sartas de cuentas de vidrio. La bondad de estos indios volvió á excitar á los españoles á quedarse en aquella costa, pensando que allí podrían hacerse ricos y felices; y, como Grijalva quisiese reprimir y disciplinar á su gente, el domingo 18 de Julio, después de misa, promulgó ordenanzas prohibiendo que se hablase de poblar ó se hiciesen ligas ó contratos contra lo que él mandaba. Los tratos de los indios, no los prohibió la ordenanza en lo absoluto; siguieron, pero en provecho de Velásquez, pues Grijalva á nadie permitía cambiar y comprar metales preciosos para sí, y toda operación quería que fuese en beneficio de su señor: las pocas veces que algún soldado conseguía hacer á ocultas algún negocio, acababa por fracasar, porque siempre llegaba á oídos del capitán.

Concluída la reparación de la nave capitana, salieron de la barra de San Antón, y se echaron á la mar con dirección á la isla de Cuba. Los vientos, no obstante, les fueron contrarios, de modo que poco adelantaron en su camino, y empezó á faltarles agua, á pesar de la provisión que habían hecho. No hubo remedio sino buscar la costa de nuevo, y, echándose más al sur, llegaron, el 17 de Agosto, á un puerto al cual Grijalva hizo llamar Puerto de Términos, porque Antón de Alaminos expresó que este puerto era como término entre lo que él supo-

nía dos islas: la «Isla Rica» ó Yucatán, y lo demás del territorio mejicano.¹

Bajaron á tierra á proveerse de agua, y encontraron la isla de El Carmen tan agradable, hermosa y provista de vegetación, que permanecieron allí hasta el 25 de Agosto. Se conocía que la isla era muy visitada por los indios de las comarcas circunvecinas, porque, en las exploraciones que hicieron los españoles, encontraron ídolos de barro en posturas contrarias á la honestidad, y con señales de haberseles rendido culto. Pero si estas huellas indicaban haber venido allí gente en peregrinación, ni vinieron peregrinos mientras los españoles permanecieron, ni se encontró vestigio alguno de haber estado la isla habitada. Lo probable es que siempre hubiese estado despoblada, y que, de tiempo en tiempo, los indígenas del continente la visitasen para entregarse al culto de sus torpes deidades.

Aprovecharon los españoles su permanencia, para surtirse de agua, carne y pescado; y luego, embarcado todo, se dieron á la vela, rumbo á Champotón. El 1º de Septiembre, pudieron anclar á cuatro millas enfrente de este pueblo cuyo sólo nombre hacía hervir de colera los corazones castellanos, al recordar los sufrimientos de la pasada expedición. Estaban ganosos de pelear, y aun andaban aparejando las armas, como si fueran á entrar próximamente en batalla; pero el capitán no quiso que desembarcasen aquel mismo día de su llegada, y prefirió prepararse para el día siguiente. Ordenó al buque de menos calado que se aproximase á tierra

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 533.

cuanto fuese posible; pero antes trasladó á él toda la gente de desembarco, bien armada, y lista para dar el golpe al amanecer. Desde el puente del buque se oían los tambores de los indios, que ocupaban un islote cercano coronado de una especie de castillo; y no era dudoso que estaban en espera del ataque, y que no se les podía sorprender como calculaba el capitán. Se desengañó éste cuando, al punto del alba, vino en un bote, y supo cómo los indios habían estado en vela toda la noche; pero empeñado en la empresa, no quiso retroceder, y metiendo á sus soldados en unos botes, pensó echar pie á tierra en el islote, junto al castillo en él construído.

El primer bote pudo atracar á tierra sin ser sentido, pero aun no habían tocado la orilla los otros, cuando los indios acometieron con furia á los que habían desembarcado, y el mar se cubrió de canoas que de la costa inmediata se desprendieron. La refriega se hizo general tanto entre los de tierra como entre los que venían por mar: fué necesario usar de la artillería, y sus tiros echaron á pique una de las canoas. Con esto y con la vista de algunos indios que cayeron muertos, pronto quedó el campo por los españoles: algunos minutos después no se veía un sólo indio en el peñón, ni menos en el mar: las canoas se habían ocultado de la vista, pero el pueblo de Champotón se distinguía desde allí, no lejano, con sus palizadas, albarradas, y árboles frondosos. Los indios, sin embargo, no estaban vencidos, y con sus gritos, alaridos, bocinas, y tambores, mostraban que, aun derrotados, se habían rehecho, y no estaban dispuestos á ceder un palmo de tierra sin combate. Esta perspectiva no

agradó á Grijalva, no por cobardía, sino por obediencia estricta á sus instrucciones, por lo cual, vista la actitud belicosa de los de Champotón, desistió de toda invasión y, volviéndose con toda su gente á los buques, siguió al día siguiente su viaje con dirección á Campeche.¹

¹ Fernández de Oviedo.—Fray Bartolomé de Las Casas.—*Itinerario de Grijalva*, pág. 505.

CAPITULO XIV.

Nuevo desembarque en Campeche.—Las Bocas de Conil.—Se avistan las costas de Cuba.—El Marien.—Llegada á Jaruco.—Mal recibimiento de Velásquez á Grijalva.—Emigra éste á Nicaragua, y muere en manos de los indios.

Las vasijas de agua eran pequeñas y sin cubierta, lo que hacía que pronto se consumiese; y tanto por esto, cuanto por que iban á entrar por una costa en la que no sabían en dónde encontrar agua potable, acordaron bajar á tierra en Campeche. Anclaron los navíos como á media legua de este puerto, y en los botes desembarcaron varios capitanes con gente suficiente para hacerse respetar, si por acaso la población del lugar se mostraba hostil.¹

Sucedió como sospechaban, pues apenas desembarcados, encontraron algunos indios que por señas les indicaron que, si agua querían, la encontrarían más adelante: avanzaron, y llegados al lugar señalado, lós invitaban á internarse más; y así, de lugar en lugar, los fueron introduciendo cándidamente al bosque, hasta que quedaron en medio de una emboscada. Cuando menos lo pensaban vieron salir como trescientos indios armados que pretendieron coparlos; pero allí el valor castellano mostró su heroísmo, porque, apenas se vieron sitiados y en

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 535.

inmamente peligro de caer prisioneros, se arrojaron con denuedo sobre los indios, y, á pesar de que ya se habían multiplicado, los hicieron huir por todos lados. Comprendieron inmediatamente el engaño de que habían sido víctimas, y sin demora se retiraron á la playa, á tiempo justamente que el capitán Grijalva, por su lado, venía en su auxilio con el resto de la gente. Se encontraron ambos piquetes, y, ya reforzados, permanecieron tres días proveyéndose de agua y de maíz, que encontraron muy bueno y abundante en unas sementeras circunvecinas. Fué tanto el maíz que cargaron, que les duró todo el resto del viaje, y aun les sobraba cuando llegaron á Cuba.

El 8 de Septiembre de 1518, se dieron á la vela, y pretendieron echarse á la alta mar; pero después de algunos días de camino, se encontraron con bajos y arrecifes que les metieron miedo de zozobrar, y los indujeron prudentemente á volver á costear el litoral de Yucatán, como antes lo habían hecho. Con este propósito, tomaron rumbo para buscar tierra; y, después de algunos tanteos y muchas sondas, vinieron á salir al puerto de «El Palmar». No se detuvieron, sino que, ejecutando su propósito, siguieron la costa hasta llegar á las Bocas de Conil. El viento, sin embargo, poco los favorecía, y, aunque ya padecían escasez de agua, tenían impaciencia de llegar, y no quisieron detenerse en ningún punto de la costa noreste de Yucatán. El miércoles, 28 de Septiembre, reconocieron con grande regocijo las costas de Cuba y el lugar denominado «El Marien», que les auguraba el pronto y feliz término del viaje.

En efecto, fué así, porque al otro día avistaron el puerto de Carenas, y con la impaciencia natural de saber algunas noticias del estado de Cuba y especialmente del viaje de Pedro de Alvarado, Grijalva no esperó entrar al puerto, sino que, apenas se vió cerca de tierra y distinguió una estancia ó rancho en la costa, tomó un bote, y bajó para averiguar lo que deseaba. Supo que Alvarado había llegado con el navío bastante averiado, pero con toda su gente salva. Cuando hubo conversado á su gusto, quiso volver á embarcarse, pero los navíos habían desaparecido de la vista. Cualquiera otro menos atrevido, se hubiera desconcertado; mas él, con desenfado, se metió al bote, y se echó á la mar en busca de sus navíos. Anduvo todo el día y la noche hasta alcanzar otra estancia denominada «Chipiona»; allí desembarcó de nuevo y pidió noticias de sus buques, de que nadie le dió razón; y ya se aprestaba á volverse á embarcar, cuando á las diez de la mañana se distinguieron los navíos, y aprovechando la fortuna, se apresuró á embarcarse en ellos para seguir su viaje. No quiso entrar en ninguna otra estancia, y dando bordadas, al fin de la tarde del 4 de Octubre, al ponerse el sol, entró en el puerto de Jaruco. El 5 de Octubre en la mañana desembarcó toda la gente, tomando cada cual el camino que le plugo: unos cuantos se quedaron acompañando al capitán Grijalva en Jaruco, y pocos le siguieron hasta Matanzas, adonde se trasladó el 8 de Octubre de 1518.

Allí encontró al capitán Cristóbal de Olid que acababa también de arribar de un viaje de exploración que Velásquez le había ordenado hacer á cau-

sa de la inquietud que tuvo por el retardo de Grijalva. Olid había visitado la isla de Cozumel y recorrido la banda del norte de Yucatán, mientras Grijalva estaba en Tabasco y en la costa de Veracruz.¹

Volviéronse, pues, casi al mismo tiempo, á Cuba, Alvarado, Olid y Grijalva, y todos contaban maravillas de los países descubiertos. Grijalva, desde Matanzas, y en compañía de Cristóbal de Olid, se embarcó para Santiago de Cuba, capital entonces de la isla, para ir á dar cuenta de la expedición. Él se sentía contento y satisfecho; había obedecido exactamente las instrucciones de Velásquez tan exactamente que Las Casas asegura «que no hiciera, cuanto á la obediencia, y aun cuanto á la humildad y otras buenas propiedades, mal fraile.» Pero á veces los superiores no se conforman con el mal éxito de sus órdenes, y, con tal de conseguir triunfos, habrían deseado ser desobedecidos; á veces también, quieren que se adivinen sus intenciones; y otras, prefieren subalternos que modifiquen á discreción su pensamiento cuando las circunstancias lo imponen. Tal fué Velásquez, que, con las nuevas de la riqueza y favorables condiciones de las tierras descubiertas, hubiera deseado que en ellas se hubiese fundado población; y como Grijalva no lo había hecho, por acatamiento á sus órdenes, le pareció torpe y pusilánime; y, en vez de recibirle con atención expresiva y cariñosa, ó siquiera con muestras de consideración, le mostró mal talante, le reprendió, y aun le afrentó de palabra.

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 536.

El resultado de la expedición disgustó á Velásquez: de los informes recibidos deducía que hubiera sido útil poblar las tierras descubiertas, y, aunque él había dado instrucciones de no poblar, parecióle que en este punto hubiera sido mejor que Grijalva contrariase sus órdenes. Esto fué suficiente para que Grijalva quedase perdido. Nada pudo salvarlo de la desgracia, hasta el punto de haber tenido que emigrar de Cuba á la provincia de Nicaragua, donde murió á manos de los indios, guerreando con ellos en el valle de Ulanche.¹

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 445.

CAPITULO XV.

Preparativos de la tercera expedición.—Diego Velásquez preocupado con el nombramiento de comandante de la expedición.—Se fija en Baltazar Bermudez, pero la arrogancia de éste le hace desistir.—Los parientes de Velásquez pretenden el destino.—Perdida la esperanza de obtenerlo, insinúan el nombre de Vasco Porcallo.—Vacilaciones de Velásquez.—Amador de Lares y Andrés de Duero le indican á Cortés.—Nombramiento de Cortés.—Nuevas vacilaciones de Velásquez.—Hernán Cortés sale furtivamente de Santiago de Cuba con la flota.—Asombro de Velásquez.

No obstante la molestia de Velásquez, tan injusta en el fondo, pues que Grijalva no había hecho otra cosa que cumplir fielmente sus instrucciones, no por ello se desalentó y renunció á todo proyecto de excursión y conquista. Léjos de esto, se enardeció más, y fundó lisonjeras esperanzas para el porvenir, en el avasallamiento de nuevos territorios. Aun ántes de la llegada de Grijalva, y á las primeras noticias traídas por Alvarado, ya comenizó á pensar en aprestar otra armada; y, apenas llegó Grijalva, envió á la corte al padre Benito Martín, con encargo de referir las noticias del nuevo descubrimiento, y presentar hermosos lingotes de oro, como muestra de la portentosa riqueza de las comarcas visitadas por Grijalva.

En tanto que el padre Martín emprendió su largo viaje á Europa á cumplir la misión de Velásquez, y á pedir para sí que le nombrasen abad de